

barca, junto a la cual se alzaba el «Castillo del Tajo», que fue explotada hasta muy entrado el tiempo por los Comendadores de la Orden. Pero el Castillo de Fuentidueña fue una obra de mucha mayor entidad, según lo muestran los restos aun visibles, de los que apenas subsisten unos muros, con la famosa «Torre de los Piquillos», en la que se quiere que estando enfermo en el Castillo Alfonso VIII, el futuro vencedor de las Navas, otorgara testamento en el año 1204, volviendo de nuevo a habitarlo, al regreso de tan gloriosa jornada. El Rey Alfonso el Sabio lo habitó igualmente y, mucho más tarde, en 1438, el Castillo presencié unos curiosos episodios, en los que el Adelantado de Castilla D. Pedro Manrique, allí encerrado con su esposa e hijas, logró huir de la prisión, descolgándose por una ventana. Con diversas variantes, el episodio se repitió en 1474, con la detención del Marqués de Villena, que provocó las iras del Rey Enrique IV, decidido a sitiario. Pero la cosa no llegó a tal extremo, por el ardid, no muy leal, con que D. Fernando de Luna aprisionó, a su vez, a la Condesa de Osorno y a su hija, con lo que el Conde, poseedor del Castillo, tuvo que acceder al canje de los prisioneros. Durante buena parte del siglo XV, el Castillo perteneció al Condestable de Luna, como Maestre de Santiago, quien lo cedió a su hijo bastardo D. Pedro, que en las crónicas suena bastante como señor de Fuentidueña. Después, el Castillo, con el de La Alharilla y los que le rodeaban, corrió la suerte general de las fortalezas castellanas, para encontrarse en 1575, aunque dotado de Alcalde y de «unos tiros viejos que no se han usado ni usan de muchos años a esta parte», completamente olvidado.

En el inestimable tesoro del Servicio Histórico Militar, existen dos planos de Fuentidueña, trazados en 1838, uno de los cuales ofrece la planta del pueblo y del Castillo, con una ligera acuarela o vista del mismo. El Castillo, situado sobre una cima que «a 37 varas de alto» domina a la inmediata iglesia y caserío, parece haber sido separado del resto del monte por un foso expresamente cortado o excavado en la peña viva, sobre el que recae un frente cerrado y flanqueado por dos recios torreones que defienden el punto más vulnerable de la obra. La planta se descompone en dos cuerpos, desiguales en cuanto a los espesores de los muros, que corren a uno y otro lado, bordeando las alturas con torres cuadradas y unos lienzos quebrados, fielmente adaptados a lo que el terreno les obliga. Sobre el frente del pueblo y casi encima de la iglesia, hay otro lienzo, asimismo flanqueado por torreones, que cierra el largo perímetro de la fortaleza. Esta aparece totalmente arrasada por dentro, salvo unos paredones informes, y la mayor y muy interesante particularidad de este Castillo, que merecería comprobarse, es la de pare-